

Más allá de las ideologías

Geopolítica de los imperios y otras amenazas en la primera guerra fría

Ángel Duarte Montserrat

Universitat de Girona

En el corazón del SIGLO, la Guerra Fría. Tres consideraciones previas

En la elección del título del Congreso, SIGLO, y en las consideraciones que acompañaban su convocatoria, creí ver una intención. Una intención que, en caso de no haberme equivocado, comparto: la conveniencia de revisar el marco cronológico establecido, entre otros y de manera muy representativa, por E.J. Hobsbawm en *The Age of Extremes* (1994). Un cuadro que nos remite, cuando hablamos del Novecientos, a la existencia de un siglo corto. Una centuria que no llega a serlo porque arranca en 1914, momento hasta el cual se prolongaba un universo de relaciones sociales y políticas, un precipitado cultural y unas prácticas de correspondencia entre potencias y países heredado del tiempo de las revoluciones liberales, la construcción de los Estado-nación burgueses y las revoluciones industriales. Un universo, sin embargo, en el que las inercias y en el que los lastres del pasado aristocrático seguían, en lo político, en lo social y en lo cultural, como señalaron autores tan diversos como Antonio Gramsci (1975, p. 2032) o Arno J. Mayer (1981) estando ahí: persistiendo y amenazando con eternizarse. Ese siglo corto concluía, por lo demás, entre 1989 y 1991, precisamente con la caída de uno de los grandes frutos del cataclismo que principia en 1914 –la revolución bolchevique de 1917– y, con ella, con el fin de la Guerra Fría.

Ésta es la primera de las tres consideraciones primeras que expongo a su consideración. La propuesta de temporalización que contiene la alternativa aquí diseñada desplaza elocuentemente el lugar del mundo regido por la confrontación bipolar. De etapa final y desenlace de un tiempo medio de la historia contemporánea pasa a ser el meollo y reabre, algo que no abordaré por lo que se refiere a sus raíces primeras, la perspectiva de una confrontación que en sus rasgos fundamentales remite, como mínimo, a 1921 con el final de la intervención directa de las potencias occidentales en la Rusia soviética. Un tiempo medio que se proyecta con fuerza desigual hasta nuestros días con los ejercicios, más o menos acrobáticos, de contención de un orden de cosas alternativo al que viene siendo hegemónico en Occidente.

Entre 1989 y 1991, a rebufo de los intensos acontecimientos vividos en las repúblicas bálticas y en el Cáucaso, en Berlín y en Moscú, por todos los Balcanes, una suerte de “utopía democrática” se instaló tanto en las opiniones públicas como en los centros de análisis sociales y políticos que gozaban de una mayor incidencia en la fijación de estrategias diplomáticas y militares. Se trató de una ilusión democrática que dejó huella, circunstancia que no tiene un mérito particular dada la permeabilidad y la naturaleza impresionable de quienes cultivan este campo de estudio, en los trabajos de unas cuantas historiadoras e historiadores. El hundimiento de la Unión Soviética y de su área de influencia, concebida como una estructura imperial de rasgos singulares, únicos y definitivamente obsoletos, abrió las puertas a una era de paz y cooperación a nivel global (Burgio, 2014). El triunfo de las denominadas sociedades abiertas inducía a creer, a muchos, en la hegemonía irreversible de la economía de mercado y de la democracia liberal. A tantos como para pasar a ser, durante un tiempo, lo que podríamos convenir en denominar el “sentido común hegemónico” a propósito del orden y el sentido de los acontecimientos: los del tiempo corto del fin de la Guerra Fría y el del tiempo medio que partía de sus orígenes, allá por el año 1947.

Tras 1989, el capitalismo se ha presentado con éxito, a sí mismo, como el único sistema político-económico equilibrado, eficaz, prudente y realista. Las crisis de nuestros días, empezando por la bancaria de 2008, no parecen minar dicha certeza. El realismo capitalista y liberal democrático deviene, de esta manera, un marco ideológico de larga duración que colorea todos los ámbitos de la experiencia contemporánea. Por activa o por pasiva, contando con la aquiescencia entusiasta de los augures del fin de la historia o desde una melancolía por un pasado de combates por la emancipación de la humanidad al que se seguía siendo leal, el paradigma forjado a principios de la década de 1980, a la espera de lo que puedan reportar los novísimos movimientos sociales, triunfa. El TINA thacheriano – “There Is No Alternative” – no tenía, y probablemente no tenga, a la espera de lo que acaezca con el declive energético y sus efectos sobre el mercado global, impugnadores vigorosos y eficaces (Fisher, 2009).

Los siguientes veinticinco años han puesto en entredicho, aunque no han agotado como indicaba en el párrafo precedente, la autoridad de la anterior afirmación. A pesar de que el TINA siga sirviendo para considerar lo existente como irreversible, no es menos cierto que lo acontecido antes y después de 2001 ha liquidado la profecía del fin de la historia y, en cierta medida, ha erosionado la noción de siglo breve. Estaríamos siendo actores y espectadores de un período de más larga duración. Ciertamente la Rusia soviética desapareció y la postsoviética, que compite con creciente beligerancia en el sistema de relaciones internacionales, no participa de connotaciones revolucionarias –quizás habría que anotar, en el momento de redactar estas líneas –otoño de 2014–, la excepción de los partisanos de las repúblicas populares de Donetsk y de Lugansk. China, por su parte, mantiene estrechas relaciones con el mundo capitalista, occidental, y se está convirtiendo en pieza relevante del orden económico global. Sus intereses estratégicos, singulares, se acompasan, aparentemente sin graves contradicciones por el momento, con los de los del mundo que triunfó en el tránsito de los ochenta a los noventa y el igualitarismo maoísta apenas se preserva en la China de hoy, supuestamente, en unos pocos islotes comunales dedicados al cultivo de la fresa orgánica “para servir al pueblo” (Fernández, 2014). Lo que en tiempos se llamó bloque socialista no existe y ha sido absorbido por la Unión Europea cuando no ha pasado a integrarse, a pesar de los acuerdos explícitos e implícitos alcanzados en el momento de las transiciones de los primeros años noventa a la economía del libre mercado y la democracia liberal, en la OTAN. Este mecanismo, tan fundacional como las mismas comunidades europeas en la lógica de la Guerra Fría, ahí sigue.

De ahí deriva una segunda consideración. A pesar de todo lo indicado, los límites que un día definieron la Europa del siglo XX siguen teniendo un papel central en la fijación de la cartografía política, económica e incluso simbólica. Sigue habiendo un este y un oeste. La tensión internacional, cuando del viejo continente hablamos, se halla en el último año, desde noviembre de 2013 sino desde marzo de 2012, cuando el acuerdo de asociación con la Unión Europea, en Ucrania y, en particular, en las regiones del este ya citadas o en Crimea. Más allá de las geografías –ésta y otras– son, a menudo, los argumentos que afloran en la defensa de los intereses de Washington, Moscú, Bruselas o Kiev los que remiten a analogías, abiertas o encubiertas, con esos tiempos.

Cuando en 2006 prologábamos la reedición de *La paz simulada* nos creímos, los autores, con cierta autoridad para reivindicar el modelo explicativo que ahí habíamos trazado una década antes: “Ha transcurrido casi una década desde que fuera escrita (...). Tras haberse hecho varias reediciones, el libro no ha recibido críticas importantes y el tiempo transcurrido y los archivos que se han ido abriendo –soviéticos, más que occidentales– no han hecho sino subrayar que las conclusiones elaboradas por entonces siguen vigentes, y no es de prever que el futuro traiga grandes cambios interpretativos. Que el resultado haya sido tan satisfactorio se debió en parte al período en el que fue redactado: en 1996 y 1997 el final de la Guerra Fría quedaba todavía cercano. Y por lo tanto seguían frescos en la memoria detalles significativos, de esos que al historiador le dan pie para interpretaciones vivas y originales. Después, el tiempo termina por dejar detrás estereotipos cada vez más esquemáticos e irreales sobre los que resulta más difícil erigir ensayos. De otra parte, había ya pasado más de un lustro, existía una perspectiva mínima y parecía que las pasiones intelectuales derivadas de varias décadas de Guerra Fría, tendrían a fundirse”.

Es evidente que los estereotipos de la Guerra Fría no han pasado del todo. Más allá de la autocomplacencia anotábamos en 2006 algo que no ha hecho más que afianzarse en años recientes. “No deja de sorprender que el maniqueísmo interpretativo de los tiempos de la Guerra Fría siga

siendo un cómodo refugio para muchos periodistas, algunos políticos y hasta profesores universitarios. No es infrecuente que Rusia sea presentada como gran potencia adversaria de Occidente (así, en líneas generales) cuando cada día, miles de pequeños accionistas europeos recogen sus buenos dividendos de los fondos de inversión rusos que cotizan en las grandes bolsas mundiales” (Veiga, 2006).

De más está advertir que se trata de un estereotipo que atraviesa y se refuerza con la Guerra Fría. Ni nace con ella, ni ha desaparecido tras esfumarse la misma. Y como ese tantos otros clichés que son útiles a las pasiones intelectuales del hoy. A día de hoy somos sabedores, y a ello han contribuido los estudios sobre la Guerra Fría, de que numerosas líneas de fuerza presentes entonces, entre 1947 y 1989, en el devenir de la política, la economía, la cultura o las relaciones internacionales perviven, metamorfoseadas en razón de las circunstancias, ahora. Lo hacen con tal intensidad que, al tiempo que facilitan las analogías más o menos ocurrentes, en ocasiones, parecen realmente retrotraernos. Incluso hasta antes de esa primavera balcánica, la de 1914, en la que empezó todo.

La última de las apreciaciones iniciales que quería poner por escrito tiene que ver con el tema de la evolución de los estudios sobre la Guerra Fría. Compartirán conmigo que la misma está siendo, acaso como pocas otras coyunturas cronológicas del Novecientos, repensada y reescrita. En 1997, por los mismos años en los que en España salía a la luz *La paz simulada*, se daba por seguro que la Guerra Fría, en tanto que objeto de análisis del presente sería interrogado de manera original por los académicos que en esos momentos trabajaban en los departamentos de historia y politología. Algunos de esos académicos anotaban que, junto a los nuevos interrogantes, a la reescritura contribuiría decisivamente el acceso a nuevas fuentes, a archivos vetados, a materiales inéditos, a piezas que habrían sido cuidadosamente ocultadas pero que, precisamente por la derrota del bloque soviético en el conflicto bipolar ahora, de manera ordenan o en medio del caos, llegarían a manos de los investigadores. En la clásica, a esta alturas, aportación de John Gaddis, *We Now Know: Rethinking Cold War History*, y junto a otras consideraciones, se depositaban grandes esperanzas en lo que pudieran aportar, de conocimiento factual y de material para reabrir cuestiones a debate, los archivos hasta entonces cerrados a cal y canto. No resulta baladí recordar que ese mismo año otro autor, Vojtech Mastny, acaso más perceptivo respecto del mundo concreto de los archivos por abrir, nos advertía: “The greatest surprise to have come out of the Russian archives is that there was no surprise” (Mastny, 1997, p.9).

La reescritura de la Guerra Fría a la que aludo, la que se está llevando a cabo en las dos últimas décadas, no ha tenido como razón única, ni principal, las más abiertas condiciones de trabajo en archivos (Autio-Saraso, 2011, p.663). Ciertamente, el paso del tiempo y la caducidad de ciertas cautelas archivísticas, el cumplimiento de los períodos de ocultación y el propio fin de la Guerra Fría, han sacado a la luz un incontable haz de papeles y registros documentales de todo tipo y con todo puede ser que Mastny tuviese razón y éste haya sido el elemento menos decisivo en la reconsideración del período. La Guerra Fría está siendo reinterpretada, sus coordenadas temporales sometidas a revisión, su naturaleza en el tiempo largo –el de las cuatro décadas– está siendo reconsiderada, al mismo tiempo que se hace una operación similar con cuestiones más concretas como, por poner un ejemplo, el determinar hasta qué punto el contexto de los años 1960 alteró las dinámicas del bipolarismo y si, eventualmente, lo acaecido entonces abrió el ciclo terminal de la propia Guerra Fría. Todo ello, y en gran medida, en función de los avatares vividos después de 2001 y por otras razones. Algunas de ellas tienen que ver con la propia evolución de la actividad historiográfica en los últimos decenios.

Si tuviéramos que dar cuenta de los terrenos en los que la revisión es más viva deberíamos tener presente el de los principales paradigmas e interpretaciones concernientes al fin del comunismo soviético y de la Unión Soviética, el de las interacciones entre el contexto, o los contextos, doméstico y la política internacional, la puesta en cuestión de cualquier explicación mono causal y la necesidad de que las investigaciones históricas (cabe decir que en consonancia con lo que acaece en otras cuestiones del pasado reciente) tengan presente la complejidad de los factores que inciden en las grandes crisis. Una diagnosis en absoluto menor fue explicitada con claridad en un *review* publicado en 2012 por Holger Nehring. En él, evaluando las aportaciones incluidas en los tres volúmenes de *The Cambridge History of the Cold War*, así como las contenidas en el volumen

America's Cold War: The Politics of Insecurity de Campbell Craig y Fredrik Logevall, (Nehring, 2009) aseguraba que el significado de “guerra fría” como concepto se había diluido. Resultaba inevitable en la medida que el dejar de centrar toda la atención en el campo diplomático y militar, al aplicarse guerra fría tanto a la alta política como la historia cotidiana, así a la de los grandes líderes mundiales como a la de las mujeres y los hombres corrientes de las diversas sociedades implicadas, en otras palabras, al poder ser aplicado a todo... el sentido de la fórmula se licúa. A la Guerra Fría, es cierto, se enfrentan los historiadores desde un pluralismo metodológico que, durante años, no dejó de extremarse. Por esa misma razón –la dilución y emulsión–, el sintagma “guerra fría” acecha por todas partes y puede aplicarse a casi todo, desde la alta política a la historia de la vida cotidiana, de las acciones de los grandes estadistas a lo aparentemente más fútil de los años 1947 a 1989 y siguientes. Bajo el paraguas “guerra fría” se estudian aspectos que en el desenlace de la confrontación política entre las dos superpotencias jugaron un papel destacado, mucho más, desde luego, que al principio de la misma cuando apenas asomaban. Cuestiones relativas a derechos humanos y ambientales; a la evolución de las percepciones nacionales del conflicto, y de los imaginarios colectivos a propósito del mismo, en sus diversas fases; al activismo de tipo transnacional que cruzó el telón de acero; a los procesos de consumo masivo en todo el mundo y su papel en la obsolescencia de la “guerra fría”.

Al atraer la atención de campos de investigación diferentes y sacar partido de una aproximación interdisciplinar, los estudios sobre la Guerra Fría han perdido, a menudo, un objeto claro de investigación y una conceptualización nítida de qué es lo que constituye su sustancia. Incluso lo más importante, y de ello da cuenta Nehring, por momentos se ha perdido de vista una de los elementos claves de la Guerra Fría: su carácter bélico: “There is now, for example, research on the Cold War ‘on air’, and on the Cold War in the kitchen, and the weapons in these Cold Wars range from nuclear missiles to fridges and Beatles records. In particular, social and cultural historians have used “Cold War” as a convenient label to write themselves into the wider trends of post-1945 history. Yet, in most cases, such usage of the term refers to anti-Communism, or pro-Communism, or both; or is used to describe apocalyptic fears of nuclear technology. None of these was necessarily a product of the Cold War” (Nehring, 2009, p. 924).

Lo ocurrido en los estudios de las últimas décadas ha sido paradójico y la salida de la paradoja aparenta ser circular. Muchos investigadores vuelven a centrarse en la dinámica de los conflictos militares, en su carácter bélico, tras haber pasado por un interés preferente por esa pluralidad de problemáticas que dificultaban, precisamente, el uso de “guerra fría” como concepto bélico. Es en este contexto que autores como Melvyn Leffler aprovechan para proponer una mirada sobre la Guerra Fría como un sistema complejo que nace fruto de “complex interactions between a dynamic international system and its constituent units; between governments operating within that system; between peoples and their governments; between factions, parties, and interest groups” (Leffler, 2000, p. 62). Lo que no estoy seguro que diga mucho.

El arranque de la Guerra Fría y la articulación de dos imperios post-fordistas

Recordemos, de manera convencional, algunas cosas elementales. Como por ejemplo que por Guerra Fría se entiende la situación de antagonismo entre la Unión Soviética y los Estados Unidos que cuaja después de la Segunda Guerra Mundial. Tres naciones salían vencedoras del conflicto: las dos citadas y la Gran Bretaña. Ésta última no estaba en condiciones de asumir un papel de gran potencia en el período post-bélico. La metáfora de la guerra devino célebre gracias a la capacidad plástica de la misma y a la comprensión de la misma por parte de los europeos. Aunque se suele atribuir la autoría al periodista norteamericano Walter Lippmann, en el año 1947, éste la habría tomado prestada de Herbert Bayard Swope, periodista y además portavoz de Bernard Baruch, el representante de Estados Unidos en las primeras negociaciones que tuvieron lugar en Naciones Unidas en relación al control de la energía nuclear. Inicialmente tuvo que ver con una denuncia implícita a las intransigencias de postguerra –en este caso las de la administración Truman. Su éxito fue inmediato por su utilidad para comprender muchas de las circunstancias concretas (escenarios, líneas de fractura, lógicas de cooperación y/o de confrontación en el sistema internacional de los años que vinieron a continuación). Más allá de lo que pudieran escribir Lippmann o Swope, la metáfora estaba en el ambiente. Asomaba tras la perceptiva descripción de

George Orwell en el texto que llevaba por título “You and the Atom Bomb”, publicado en *The Tribune* el 19 de octubre de 1945, la posguerra era una paz que no era paz y que implicaba, por razón de la capacidad destructiva de la bomba atómica, el fin de las guerras a gran escala y la emergencia de un mundo dividido por las influencias de dos potencias.

Tan pronto como quedó claro que el control militar soviético sobre la Europa centro-oriental se mantenía de forma indefinida cualquier reconciliación entre la URSS y los Estados Unidos quedaba excluida. El sistema bipolar adquiriría consistencia granítica, mostraba perspectivas de larga duración y venía a sustituir al orden multipolar y eurocéntrico que caracterizó los decenios precedentes. Era un sistema que resultaba de un choque fundamental de ideologías políticas —el marxismo-leninismo versus la democracia liberal, por simplificar— y que implicaba una estructura de poder global altamente estratificada. Una estructura en la que Estados Unidos y la URSS se distinguían como “súper-poderes”; siendo éste una suerte de estatus preeminente que, de hecho, les separaba del resto de países que integraban la comunidad internacional. Estatus que superaba, con creces, la concepción heredada del Ochocientos relativa a las “grandes potencias”.

La condición de superpotencias y el establecimiento de principios jerárquicos que regulaban las relaciones con los estados aliados y con los espacios de frontera avala las perspectivas de análisis que inciden en la trascendencia explicativa de la condición imperial de los principales actores de la Guerra Fría.

Desde la comentada perspectiva convencional, y en este punto convendría argüir que acaso la derrota de la URSS en el tránsito de los ochenta a los noventa ayude a entender una permanencia apenas contestada, el establecimiento de la hegemonía militar soviética en la mitad oriental del continente europeo y los cambios políticos radicales que siguieron a la ocupación serían el precipitante —si había que escoger uno de ellos, si había que señalar a un “culpable”— más significativo de la Guerra Fría. Mientras la URSS mantuviera su carácter, y su dominio, se mantendría ese ciclo largo que cabe entender como una era de antagonismo estable y de conflictividad controlada. Dos rasgos que estuvieron acompañados, necesariamente, por escenarios de guerra localizados en los límites exteriores, en la periferia. Este tipo de miradas estaban, y están, abiertas a contemplar a los protagonistas fundamentales, y cimiento de la propia Guerra Fría, como a dos estructuras político-institucionales de naturaleza imperial. Dos estructuras que arrancan en 1947, sino antes, y que lo hacen sosteniendo su capacidad de poder y su viabilidad como mascarones de proa de coaliciones internacionales amplias y en confrontación. Dos estructuras que se amparan en propuestas ideológicas antagónicas pero que comparten una misma gramática para redactarlas: se definían como potencias económicas sostenidas sobre sistemas de producción de masas, fordistas. En palabras de Charles S. Maier, “Although radically distinct in ideology, in political economy and in their coalition-building practices, the two empires shared a common grammar of industrial growth. The Cold-War was, as such, a contest of ‘rival Fordisms’” (Maier, 2005).

Los imperios raramente son estáticos. Viven instalados en lógicas en los que las dos grandes opciones son posibles: la salida de los mismos o la lealtad. La lealtad, de buen grado o por la fuerza, a un centro. Los imperios son intrínsecamente jerárquicos, construcciones estratificadas con centro y periferia que proceden a cooptar, en esta última, a cuadros locales o nacionales. Un cierto nivel de respeto a la diversidad interna constituye un factor decisivo en su continuidad y éxito. El bipolarismo post-bélico entre dos estructuras imperiales aludido fue, desde un primer momento, un bipolarismo asimétrico. Y también, conviene remarcarlo, no fue en origen un bipolarismo conflictivo. En el tramo final de la Segunda Guerra Mundial y en los primeros tiempos de la post-guerra no eran pocas las voces, por otro lado determinantes, que auspiciaban la continuidad en tiempo de paz de la colaboración mantenida en el período bélico. La cuestión clave, el dilema que acabaría siendo irresoluble y haciendo inevitable la entrada en un nuevo tiempo, era que las acciones de ambas súper-potencias orientadas a afirmar su seguridad tendían objetivamente a generar inseguridades y miedos en la contraparte. Al desconocimiento y a la prevención aludimos en *La paz simulada*. Esas inseguridades estuvieron en el origen de muchas de las respuestas que, a su vez, aparecían como amenazadoras y ofensivas a la otra parte implicada. En otras palabras, el dilema de la seguridad estimuló una espiral viciosa.

Para los Estados Unidos era prioritario evitar que una sola potencia asumiese el control del continente euroasiático y con él los recursos de todo tipo, desde demográficos a materiales o tecnológicos, que amenazasen su rol directivo. El duopolio soviético-británico imaginado por F. D. Roosevelt se reveló impracticable. Grecia lo pondría dramáticamente de manifiesto por si quedaban dudas al respecto. A su vez, y dada la evidencia registrada en la guerra a propósito tanto de la estrecha correspondencia entre las esferas económica y política como de la creciente interdependencia entre los distintos miembros de la comunidad internacional, los Estados Unidos estaban interesados en que esa potente red de correlaciones fuese gestionada “virtuosamente”. Por tal se entendía una gestión llevada a cabo según criterios de democracia política y de libre mercado –era intrínseca la convicción en la superioridad del modelo americano a la hora de garantizar crecimiento y bienestar– que viniese disciplinada multilateralmente mediante organismos supranacionales (de la ONU al FMI y al BM). Finalmente la estrategia norteamericana, con independencia del sesgo de las administraciones que se hallasen al frente del país, pasaba por preservar en el tiempo y en la profundidad de la misma la superioridad alcanzada durante la guerra. Sólo el mantenimiento de esa superioridad garantizaría el éxito de las anteriores prioridades enunciadas.

La Unión Soviética, con un Josef Stalin incontestado al frente, estaba interesada, a su vez, en mantener las lógicas cooperativas desplegadas en las conferencias interaliadas –lo que debía concretarse en un reconocimiento de la condición de la URSS como gran potencia en las organizaciones internacionales en proceso de creación– al tiempo que se aseguraba, mediante la constitución de una esfera de influencia en Europa oriental, un eje de contención de posibles agresiones occidentales. Significativamente, el plan soviético de reforzar la propia seguridad mediante algún tipo de extensión de matriz imperial había sido reconocido como legítimo por Washington y Londres. La perspectiva inicial de una Europa occidental no hostil para con Moscú se complementó en los últimos meses de la guerra con un sustancial acuerdo a propósito de una política punitiva hacia Alemania que bloquease sus posibilidades de renacimiento.

Como en el caso de los Estados Unidos, la posición soviética estaba determinada por razonamientos de tipo ideológico: la naturaleza agresiva del capitalismo llevaría a una próxima confrontación imperial entre las potencias acogidas a tal modelo político y socio-económico. En febrero de 1946, en el que iba a ser el primer discurso relevante de Stalin en la postguerra, éste reafirmó el principio leninista de la inevitabilidad de los conflictos interestatales en un estadio de capitalismo monopolístico. El desarrollo y la actividad del movimiento comunista internacional volvían a presentarse sino como un elemento agresivamente expansionista sí como un mecanismo de refuerzo de las posiciones soviéticas a nivel global.

Algunos autores han puesto el énfasis en la existencia de no pocas dosis de incoherencia soviética, y la adopción de políticas erráticas en ciertos escenarios, como motores de un desencuentro progresivo, y raudó. Otros insisten en la diversidad de posiciones en el poder ejecutivo norteamericano. En rigor, la propia naturaleza bipolar del sistema, la presencia de dos polos hegemónicos y dominantes –en ausencia, por lo demás, de un antagonista o enemigo común como lo había sido la Alemania nazi–, facilitaba la deriva, estimulaba la competencia y la conflictividad. Si la negativa estadounidense a la concesión de un primer crédito para la reconstrucción soviética y el desenlace de la guerra en el Pacífico con la demostración de fuerza en Hiroshima y Nagasaki acrecentaron los miedos patológicos de Stalin y del Kremlin, el papel de la URSS en Polonia daba fuerza a quienes, como el embajador Averell Harriman, denunciaban la política soviética en Europa como expansionista y transgresora de los pactos estipulados. No todos los virajes, respecto de los acuerdos previos, serían soviéticos. Por razones complejas, la administración Truman, y con ella el eje anglo-norteamericano propendió a amortiguar las perspectivas de firmeza punitiva respecto a Alemania.

Coincidiendo en el tiempo con las declaraciones estalinianas antes anotadas, Winston Churchill, en Fulton, y Georges Kennan, en los papeles preparados desde la embajada en Moscú para los miembros de la administración Truman, evidenciaban que las mentes rectoras del bloque occidental entendían que la suma de la tradicional inseguridad rusa y de los principios marxista-leninistas constituían el acicate imparable para la llegada, más pronto que tarde, de un nuevo expansionismo. Estaba, decían, en la naturaleza de las cosas y por ello la única posibilidad razonable

por parte de los USA sería la adopción de una política de contención. El análisis de Kennan obtuvo un gran eco entre otras razones porque, en tiempos de incertidumbre y cambio, introducía una lectura clara y, sobre todo, unívoca de la Unión Soviética: era un régimen totalitario e imperialista, pero débil. Irán, los Dardanelos... eran ejemplos paradigmáticos de qué hacer: decisión y firmeza contribuían a moderar el comportamiento de una súper-potencia que, según Kennan, por rasgos intrínsecos tendía a la acometividad.

El corolario de un razonamiento de esta naturaleza es palmario. Consistía en una agenda orientada a la preservación de las propias áreas de influencia, la negativa a presencias no contempladas con anterioridad, la asunción de que ello comportaba una rigidificación de los bloques. A su vez, todo ello conllevaba, en última instancia, el abandono definitivo, entre 1946 y 1947, de los proyectos globales elaborados entre 1943 y 1945. Que el primer escenario de esa evolución fuera Grecia no deja de constituir una suerte de sarcasmo histórico. La situación geográfica era decisiva. El relevo norteamericano al sostenimiento militar del gobierno conservador griego o a la ayuda financiera al turco, en lugar de los británicos, provenía del carácter de encrucijada de caminos, una vez más, del mundo helénico. Dean Acheson, subsecretario de Estado, lo presentó así: la corrupción de Grecia –las metáforas sanitarias reaparecen con inusitada energía en esos meses– se transmitiría inevitablemente. Lo haría hacia Oriente pasando por Irán. Llegaría a África tras cruzar Asia Menor y Egipto. Avanzaría hacia las costas atlánticas de Europa a través de esos temibles conductores del mal que serían los fuertes partidos comunistas de Italia y Francia. No quedaba otra que ocupar el lugar de los británicos. Y contener. Contener militarmente, contener mediante el desarrollo y el crecimiento económico, contener mediante el reforzamiento de los regímenes demo-liberales en el oeste de Europa. En junio de 1947 se daba a conocer el Plan Marshall. Entre 1948 y 1951 el Plan no sólo estimuló la liberalización de los intercambios sino que consolidó una serie de normas y prácticas que disciplinaban la interdependencia entre los países de la Europa occidental y los Estados Unidos.

Durante la primera mitad de esas cuatro décadas, el imperio norteamericano funcionó mediante una original combinación de responsabilidad en la fijación de los principios reguladores de la vida económica y política y una “eficaz”, por persistente, labor de policía de fronteras gracias a sus poderes militares. Para llevar a cabo esa doble función procedió a dar apoyo al pluralismo político entre sus socios y aliados, aunque toleró regímenes autoritarios como mal menor si esos estados eran amistosos. A través del Plan Marshall y otros programas de ayuda procuró animar el despliegue de economías abiertas, de mercado, que se sostuviesen sobre la inversión privada y la gestión empresarial. Por lo demás, y en relación a los movimientos sindicales, les convenció con ayudas significativas, siempre que asumieran, claro está, que los aumentos salariales debían ir asociados al incremento de la productividad. Para unos y para otros, el crecimiento económico devenía el criterio mayor –y en no pocas ocasiones único– para valorar los éxitos de las políticas económicas. Junto a ese elemento novedoso otro de más tradicional: el tener que volver a adoptar un tipo de estrategia desechada durante la guerra mundial en nombre del combate contra el imperialismo de viejo tipo y contra el fascismo: la obligación militar de recuperar la tradicional noción de contrafuertes del imperio, la organización de un sistema de alianza defensivo –la OTAN– y el mantenimiento de tropas en la frontera alemana para confrontar al rival imperial. A su vez, pasó a desplegar tropas, y a mantenerlas, en la mayor parte de la frontera en Asia, incluyendo el paralelo 38. Por lo demás se vio obligado a intervenir, con menos éxito, en otros espacios de la periferia: del Vietnam a Cuba u otros escenarios latinoamericanos. Es a esa combinatoria a lo que Maier designa como un imperio de producción fordista que se mantuvo, de hecho desde 1941, hasta 1973. Empezó con el envío de suministros industriales durante la Guerra a Rusia y a Gran Bretaña, y continuó, ya con la exclusión de la URSS, con la ayuda para la reconstrucción de posguerra.

En septiembre de 1947 Andrej Zdanov daba, ante los delgados del Cominform, la respuesta ideológica y geoestratégica desde el otro lado del limes. El conflicto oponía el espacio imperialista y reaccionario hegemónico por los Estados Unidos al socialista y democrático liderado por la URSS. El acto culminante en la fijación de los criterios de plena Guerra Fría tendría lugar en Praga, en febrero de 1948. Un rasgo añadido se sumaba a una bipolaridad que ya hemos descrito como asimétrica. Con una gran utilidad en el terreno propagandístico en el bloque europeo occidental la hegemonía americana parecía impuesta de forma consensual, con el apoyo de unos

electorados nacionales que refrendaban, con mayor o menor entusiasmo, los acuerdos que posibilitaban el despliegue del Plan Marshall. Frente a la apariencia de amabilidad, la hosquedad soviética. Los elementos represivos y autoritarios —el golpe de Praga pudo ser presentado, y en cierta medida fue, un acto revolucionario, pero los procesos que siguieron al viraje registrado en Checoslovaquia y en otros países del entorno admitían pocas dudas sobre su carácter— caracterizaban una hegemonía en la que el estalinismo (re)tomaba las riendas en su versión más agresiva —tanto en políticas interiores como en las de asuntos exteriores. El estigma del totalitarismo reaparecía reasignado. La soviétización presentaba, por lo demás, una segunda asimetría: venía acompañada de una primera y muy significativa defección. La Yugoslavia socialista seguía siéndolo, pero liberada de la tutela soviética. El riesgo de que el ejemplo se propagase no era, sin duda, nada imaginario. La rigidificación amenazaba con dar origen a nuevas y temibles fisuras.

La iniciativa, estaba claro, pertenecía al polo liderado por Washington. Capaz de llevar a sus aliados occidentales a aceptar determinadas condiciones de reconstrucción económica y a modificar las estrategias acordadas en relación a los espacios de administración anglo norteamericana y francesa en Alemania. Capaz de subsumir una primera alianza militar, la Unión Occidental, en una alianza atlántica integrada por una docena de países en abril de 1949. El precedente griego pasaba a ser una secuencia de un proceso que culminaba —en otra manifestación de brusquedad frente a la provocación calculada— en Berlín.

Más allá de Europa, la bipolaridad siempre fue menos estable

El proceso, a partir de lo que he denominado rigidificación, duraría. Y resulta imposible reseguirlo en esta breve aportación. Por eso me limitaré a introducir algunas reflexiones generales sobre la ampliación del tablero de juego para acabar con un par de consideraciones relativas a algunos debates historiográficos recurrentes en los últimos tiempos.

Los cuatro primeros años que siguieron a la Guerra Mundial agudizaron el carácter asimétrico de la bipolaridad. En tanto que súper-poderes, en acto y en potencia, las cosas parecían favorables a unos Estados Unidos que no había de recurrir a purgas y a golpes de fuerza. Por lo demás, en la administración y en la opinión pública estadounidense prevalecía la noción de disponer tanto de una superioridad militar convencional como del monopolio de la fuerza atómica. Ello confería una ventaja estratégica. En la segunda mitad de 1949, dos elementos nuevos modificaron este primer balance. La Unión Soviética testaba por vez primera una bomba atómica en agosto. Semanas más tarde las tropas del Ejército Popular de Liberación de China se imponían a los restos de los contingentes fieles a Chiang Kai-shek. Éste abandonaba el continente y se refugiaba en Taiwán. En febrero del año siguiente, el de 1950, Moscú y Pequín firmaban un tratado de amistad. Con independencia del carácter de dicho tratado, y de la naturaleza de las relaciones entre Stalin y Mao Tse-tung, antes, durante y al final de la guerra civil reactivada en 1945, lo seguro era que se había entrado en un estadio inédito: el de la globalización de la Guerra Fría. Como secuela, la administración Truman, con su Consejo de Seguridad Nacional asumiendo todo el protagonismo que hacía al caso, adoptaba un nuevo documento marco, el NSC-68, por el que se globalizaba la política de contención, se asumía que ello comportaba un aumento del gasto militar —y de la militarización de la política— y la adopción de una dinámica (interaliada) de acción anticomunista. En el interior, el enrarecimiento del clima tuvo su corolario en el desatarse de una propia y singular caza de brujas, la del macartismo. El reto que acompañaba a lo referido era el de auspiciar un crecimiento económico mediante una política de inversiones que garantizase tanto las necesidades de gasto militar enunciadas como la mejora de los estándares de vida. Pieza clave, ésta última, de la definición amable de la hegemonía imperial USA (Merrill, 1996).

El ciclo del conflicto coreano verificaba, ante los servicios de inteligencia militares occidentales, el acierto del análisis. Moscú habría encontrado en Asia el teatro ideal donde promover una competición abierta. Washington necesitaba de una respuesta dura. No sólo para regular en función de los propios intereses el escenario asiático sino para evitar que en Europa, una Europa temerosa de convertirse en el escenario de operaciones en un conflicto con armamento atómico, proliferasen las tentaciones neutralistas y encontrasen eco las campañas pacifistas que la URSS y el movimiento comunista desplegarían desde los primeros cincuenta. La implicación de la

ONU, fruto de una nada desdeñable torpeza soviética, tuvo, en este orden de cosas, un efecto inmediato. El conflicto coreano puso de relieve otros aspectos que operarán tanto hasta los años sesenta como en el tramo final de la Guerra Fría. La guerra de Corea constituyó el último pujo de parte de las dos superpotencias a fin de alterar, en favor propio, la división de las esferas de influencia fructificadas en el decurso de la Segunda Guerra Mundial y primeros años de la Guerra Fría. Corea indujo a Moscú y Washington a aceptar implícitamente la inviolabilidad de dichas áreas... Hasta Cuba y el ciclo álgido de las descolonizaciones subsaharianas. Ninguno de los dos contendientes podía alcanzar sus objetivos absolutos o máximos, o en todo caso no podía alcanzarlos por la fuerza a riesgo de una escalada militar que con los arsenales nucleares disponibles se convertía en potencialmente incontrolable. También puso de relieve que la implicación de las dos potencias en conflictos locales tenía unos límites precisos. Los contornos locales desaparecían con rapidez pasando automáticamente a fragmentos del gran choque entre Oriente y Occidente. Por lo demás, y completando lo que había empezado a verificarse en Berlín, cuando el bloqueo soviético, un vuelco en los papeles tenía lugar: los dos grandes enemigos en tiempos de guerra, Alemania y Japón devenían aliados cruciales de los Estados Unidos: en septiembre de 1951 los países del bloque occidental ratificaron el tratado de paz con Japón. Éste se acompañó de un acuerdo bilateral entre Washington y Tokio por el que la primera capital mantenían desplegadas sus propias tropas en territorio japonés para garantizar su defensa.

El primero de estos estados, la nueva República Federal Alemana era pieza fundamental del proceso de integración europea que en 1951 obtiene un primer resultado importante gracias a la creación de la CECA y, *nolens volens*, al fracaso de una Comunidad Europea de Defensa que hubiese podido relegar la centralidad germana. La integración económica europea constituía en muchos sentidos la expresión de un proceso histórico de largo recorrido. No es menos cierto que respondía a una contingencia inédita: la Guerra Fría, y en ella la necesidad de dar respuesta a la búsqueda de seguridad por parte de los países de Europa occidental. Es un camino que avanza en 1957 y de la que no vamos a recorrer los pasos sucesivos.

Los años de 1952 y 1953 introducen, en la historia de la Guerra Fría, un argumento que los historiadores del presente han tenido que incorporar. Como los de todas las épocas pero acaso con elementos más singulares dadas las características de los mismos en los tiempos actuales: la cuestión de los liderazgos. Las dos figuras que habían personificado la gestión de las grandes potencias en el corazón de Europa o en el lejano Oriente desaparecían del escenario. Los republicanos vencían en las elecciones presidenciales de otoño de 1952 con la candidatura de Dwight Eisenhower – conservador moderado, internacionalista e, instrumentalmente, feroz anticomunista– y en la URSS la muerte de Stalin, en marzo de 1953, abría un intenso proceso sucesorio que culminaría con el ascenso de Nikita Jrushchov. Por unos momentos parecía que la irritación crecía en la definición de las estrategias occidentales. Frente a la contención se insinuaba la posibilidad del *roll-back*, una modalidad de relación con el otro polo más agresivo al tener por objetivo la liberación de los países de la Europa oriental del yugo soviético. Un farol, a lo sumo, en un contexto en que los vínculos sistémicos y la carrera armamentística nuclear hacían impensable el proceso sin desencadenar una escalada temible. Un farol, eso sí, de incontestable utilidad interna: en relación al proceso electoral que llevo a Eisenhower a la presidencia. El levantamiento obrero en Leipzig y en centenares de localidades de la Alemania oriental de junio de 1953, con motivo del endurecimiento de las condiciones laborales y de la carestía y el rigor de las condiciones de vida, apenas encontraría eco, real, en Occidente. Otro tanto ocurriría en el futuro próximo en Polonia, Hungría y Checoslovaquia. Aún no formulada como principio teórico, la soberanía limitada se ensayaba con éxito.

Un tanto paradójicamente, en la URSS la noción del conflicto inevitable dio paso a la retórica de la coexistencia pacífica. El objetivo: evitar el choque directo con Washington y el rearme de Alemania. El nuevo curso no resultó fácil de adoptar y de las tensiones en el debate interno –con las presiones del Ejército, el partido y los servicios de seguridad– resultaría triunfante Jrushchov. Éste y Eisenhower acabarían siendo los promotores de una primera y poco profunda distensión entre los dos grandes: la Conferencia de Berlín en invierno de 1954, de ministros exteriores de las cuatro potencias que habían administrado Alemania en la inmediata postguerra, las Conferencias de Ginebra para discutir los escenarios de Corea y de una Indochina –una geografía en la que la noción de “escalada” adquiriría todo su sentido– en la que la descolonización se entrecruzaba con la lógica

de Guerra Fría, la ratificación del tratado de paz austríaco que ponía fin a la ocupación militar del país y se aseguraba la independencia del antiguo territorio del Tercer Reich... fueron otros tantos preliminares del encuentro directo en Ginebra de Jrushchov y Eisenhower –y de la retórica, habitual en estas circunstancias, del espíritu de Ginebra.

El liderazgo post-estalinista, el del XX Congreso del PCUS, el de la disolución posterior de la Cominform, aparece interesado en mejorar las relaciones con los propios aliados en Europa, en propiciar, en la medida de lo posible, una cierta dosis de reconciliación con Yugoslavia y finalmente, en un contexto presidido por la centralidad de la descolonización y el nacimiento del movimiento de los países no alineados, por prestar una renovada atención al Tercer Mundo. Todo ello a partir del reconocimiento, tímido y en un escenario no exento de contradicciones, de la imposibilidad de proceder a la aplicación de un único modelo en su área de influencia. Por lo demás, tanto en uno como en otro campo, la centralidad acusada de la competencia nuclear comportó, en la década de 1960 con la evidencia de la “destrucción mutua asegurada” (MAD), una pérdida de sentido del concepto de estrategia al tiempo que contribuyó a desajustar las comunicaciones y dificultar la sintonía entre los dirigentes políticos y los responsables militares (Strachan, 2005). De 1960 en adelante, no pocos políticos y analistas de los servicios de inteligencia comenzaron a concebirse a sí mismos como anti-guerreros. Las dificultades crecientes en la interacción, así como la incidencia paralela de las rutinas burocráticas y de las inercias en los procedimientos de toma de decisión en las múltiples agencias creadas precisamente a raíz de la Guerra Fría, se hicieron evidentes en campañas militares como la tan emblemática –aunque al final tan escasamente relevante en la resolución de la Guerra Fría– de Vietnam.

De escenarios y de cronologías. En suma, de guerras

Quisiera retomar, ahora, en el tramo final de mi intervención y dado que resulta imposible entrar con cierto detalle en la malla de acontecimientos que se integran en la déttente de los años setenta y en la reactivación del conflicto a finales de esa década coincidiendo con la conquista de la hegemonía política en Occidente por parte de las lógicas monetaristas y neoconservadoras, un par de consideraciones y problematizar el uso del sintagma Guerra Fría a partir de la constatación de debates sobre la cronología y sobre los teatros de operaciones. Debates que revierten, en última instancia, en la reconsideración de la Guerra Fría, si me permiten el sarcasmo, como guerra.

Para algunos autores la naturaleza del conflicto se vería alterada en los años sesenta –incluso dejando de poder reconocerse como tal–, para otros desde principios de la década de 1970. No se trata de un cambio en la intensidad del tono conflictivo de las relaciones, de una modulación diversa. Frente a autores como Mark Kramer, que persisten en argumentar que las condiciones para el antagonismo bipolar se mantienen inalterados en su esencia –se trata, en general de autores, que ligan la propia definición de Guerra Fría a la existencia de la Unión Soviética–, otros señalan que en la medida que ambas estructuras imperiales, en parte por una serie de experiencias vividas en la década de los cincuenta y en parte por los efectos de las primeras crisis económicas de posguerra y la salida dada a las mismas, experimentan, en lo relativo a su naturaleza, divergencias crecientes. El Oeste, dirá Maier, se mueve desde las crisis económicas de los primeros setenta, y muy rápidamente, hacia un mundo posindustrial, hacia una economía postterritorial; en otras palabras, a lo que hoy en día denominamos con el término globalización. Mientras eso ocurre, y también a mediados de los setenta, queda en evidencia que la Unión Soviética tanto por razones económicas como ideológicas es incapaz de recorrer el mismo camino. Podría decirse que queda anclada, y con ella retiene al grueso de los estados que mantiene bajo su control, en un universo definido por un esquema obsoleto en el que se fusionan la opción por la industria pesada como motor de crecimiento y un control rígidamente jerárquico del espacio. Dos rasgos que en el nuevo marco de competencia entre súper-poderes conduce, inexorablemente, al estancamiento, la derrota y, eventualmente, el colapso.

Vayamos por partes. Como he comentado anteriormente, no son escasos los trabajos que en los últimos años han puesto el énfasis en las dinámicas registradas en los años sesenta y en la capacidad de las mismas para alterar el sentido primigenio de la bipolaridad. Las razones que se aducen para establecer dicha hiato tienen que ver con numerosos factores, empezando por los

comentados relevos en las direcciones políticas de ambas superpotencias. Acaso el más combativo en la defensa de la noción de una Guerra Fría que concluiría en 1963 sea Anders Stephanson quien en diversas ocasiones ha propuesto que “the Cold War should be radically recentred by focusing on its origins as an American project for creating an international order after the Second World War, by solely focusing on governmental policy making, and by highlighting the period between the end of the Second World War and the re-emergence of diplomatic relations between the United States and the Soviet Union as the core period of the Cold War” (Anders Stephanson, 2012). La guerra fría acabaría en 1963 porque el gobierno de los Estados Unidos abandonó su proyecto original (una proyección del poder de los Estados Unidos dibujado no sólo con la finalidad de compensar la capacidad diplomática y militar de la URSS sino de negarle a ésta y por completo cualquier forma de legitimidad) para pasar a buscar una acomodación, una coexistencia que acompañase a la práctica de la contención.

Otros autores, es el caso de Odd Arne Westad, hablan de “sucesivos” finales de la Guerra Fría. Impugnan la radicalidad de Stephanson para pasar a citar: la *Ostpolitik* de Willy Brandt, el eurocomunismo y la apuesta internacional del PCI, la revolución islámica en Irán –que introduce otros ejes fundamentales del todo alejados de la lógica bipolar–, la no invasión de Polonia tras el levantamiento de Solidaridad, la “reversión” de Ronald Reagan –a mediados de los ochenta– por contraste con su inicial actitud confrontativa. Estaríamos ante una perspectiva que acumularía factores y que explicitaría la pluricausalidad en la resolución final de la Guerra Fría. Desde el restablecimiento de una política exterior alemana autónoma a la transformación del comunismo occidental, desde la renuncia soviética a la intervención exterior al éxito neoconservador en la política interior americana y, por extensión, anglosajona. Un acercamiento multidimensional que permitiría, argumenta Westad, dar entrada en la lógica explicativa a las transformaciones económicas y del sistema financiero internacional desde mediados de la década de los setenta o los cambios registrados en la tecnología (Westad, 2005).

Por su parte, quienes proceden a asimilar Guerra Fría a Unión Soviética identifican una suerte de largo período apoteósico. Un ciclo que se iniciaría alrededor de 1950, en el momento final del estalinismo y coincidiendo con la hegemonía militar soviética en la Europa central y oriental así como con el momento dulce de la alianza chino-soviética y que nos llevaría hasta los primeros años setenta cuando el Kremlin parece estar convencido que la correlación de fuerzas se ha decantado de su lado. El cambio de ciclo vendría dado por una serie de factores que erosionarían esa influencia soviética. Dichos autores suman los efectos –hasta llegar a los viajes de Nixon y Kissinger a Pekín– de la fractura chino-soviética, la *détente*, o, incluso, el eurocomunismo.

El segundo gran debate pendiente, a menudo enunciado pero nunca resuelto dada la envergadura del mismo, consiste en preguntarse en qué medida y hasta qué punto la Guerra Fría debe relacionarse con el universo de conflictos que se desarrollaron en otras partes del mundo, que no fueran las europeas o las del espacio nordatlántico y mediterráneo. Digo pendiente porque aunque a menudo es reclamado con cierto énfasis en los encuentros u obras colectivas que tratan de la Guerra Fría, sin embargo, nunca es directamente abordado. La cuestión que se plantea, en términos más o menos explícitos, es la siguiente: ¿es la Guerra Fría un simple marco eurocéntrico y transatlántico de análisis de las relaciones internacionales y de las evoluciones socio-económicas, políticas y culturales? ¿Sirve a una genuina historia mundial? Normalmente a estas cuestiones se suele responder tímidamente y de forma escasamente atrevida. A lo sumo se emite un alegato en favor de lo que podríamos denominar un “descentramiento geográfico”, si se me permite la algo rebuscada expresión. Es decir, se llama a incorporar, más allá del marco trasatlántico de Eurasia, otros espacios con la misma condición de centralidad. Se trataría, en gran medida, de incorporar un número mayor y mejor, cuantitativa y cualitativamente, de fenómenos en todo el mundo. Se procedería, así, a redimensionar el objeto de estudio hasta alcanzar una genuina “guerra fría global”.

Este último concepto, y el enfoque que contiene, es problemático. En la práctica, la mayoría de los autores asume que la violencia generada por el “norte” desde el mismo instante en que se procede al tránsito de la Guerra Mundial a la Guerra Fría comenzó a transferirse a otras partes del mundo. La imagen a que muchas veces acaba dando lugar, y no es precisamente muy explicativa, es la de una suerte de vasos comunicantes: la distensión en la Europa continental propiciaría la transferencia de la tensión, del conflicto, a la periferia. Al hacerse este ejercicio un

tanto mecánico se acaba omitiendo o relegando cualquier aproximación, más allá de las tópicas, a propósito de la relación de la violencia en la segunda mitad del siglo entre Europa y la zona del Atlántico, por un lado, y el resto de los territorios de un mundo globalizado, por la otra. La mera afirmación de que las guerras calientes en el “sur global” –desde las que se registran en Oriente Medio con la descolonización y la creación del Estado de Israel a las que devienen el corolario inevitable de la descolonización en África y en zonas del continente asiático– estaban directamente relacionados con la política de poder en el “Norte global” elude el problema. Tal medida sólo sustituye a la hegemonía de la supuesta eurocéntrica “guerra fría” con una anti-hegemonía que sostiene que la misma acabó siendo, realmente, una retahíla de intervenciones militares imperiales, o de otro tipo (desde las relativas a la definición de los marcos institucionales a los impactos en los equilibrios ecológicos) en el mundo (Engel, 2007). Podríamos concluir que estos desarrollos en no pocas ocasiones ocultan – o corren el riesgo de ocultarnos– otros procesos explicativos: desde los impactos del capitalismo a los generados por el desarrollo tecnocrático pasando por las nuevas modalidades de gobernanza global que emergen a mediados de la década de los setenta.

Queda pendiente el tema de la guerra como guerra. Los conflictos bélicos, habitualmente, incorporan la ruptura de los mecanismos diplomáticos hasta el momento operativos y la acumulación de vectores de violencia como mínimo en dos órdenes diversos: los procesos de rearme en los que se combina la iniciativa gubernamental con los intereses de la industria y la asunción por parte de las opiniones públicas de un estado de ánimo colectivo que revierte en un alto grado de apropiación y socialización de la violencia. La conexión entre estos diversos niveles de interacción entre poderes y sociedades contribuye a una mayor sofisticación de los estudios de la Guerra Fría como Guerra. El ejercicio deviene particularmente fecundo dado que la Guerra Fría significó, entre otras cosas, el final de un rasgo definidor de la política internacional –tanto la cooperativa como la confrontativa– desde el siglo XVII, desde Westfalia: la aceptación por parte de los poderes en conflicto de la legitimidad territorial del contrincante. Tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética veían en los otros territorios una amenaza directa a su modelo de organización social y, como mínimo hasta 1963 –otra vez el mismo año–, rechazaban su legitimidad como unidades del sistema internacional (Trachtenberg, 1999).

El rechazo explica, en gran medida, el modo en el que la Guerra Fría se estabilizó en Europa y en el Atlántico norte. La completa ruptura de las comunicaciones directas entre los respectivos gobiernos hizo que las reseñas diplomáticas fuesen reemplazadas por los informes de los servicios secretos. Por lo demás, ni la movilización militar, ni la de la sociedad civil alrededor de la defensa de un nuevo marco territorial y de una inédita confrontación ideológica, hubiese podido darse, como se dio, sin el proceso previo vivido desde los albores y durante la Segunda Guerra Mundial, con anterioridad, pues, al choque bipolar. Después de 1945 la distinción entre guerra y paz devino confusa. Acaso imposible de analizar en esos términos por las ciencias sociales y humanas. La historia diplomática y la militar se amalgamaban, y lo hacían con la social que se encaraba con las movilizaciones políticas y sus diversas manifestaciones.

Punto final

A la luz de lo comentado anteriormente queda claro que uno de los terrenos en los que la Guerra Fría como objeto de análisis se ve afectada es en lo que sería la consideración de su final. Un final en el que juega un papel determinante el colapso del sistema soviético. En palabras de Maier, ninguna construcción imperial ha sido disuelta nunca con tanta rapidez y sin que por el medio haya habido necesidad de una gran guerra, de un conflicto militar abierto y de una derrota en los campos de batalla.

Aquellos historiadores que la emprenden a partir del estudio aislado de los acontecimientos que tuvieron lugar en el término inmediato y en una geografía limitada –Unión Soviética y las áreas de la Europa central y oriental bajo su égida– (en otras palabras los que tienen como objeto de atención preferente las circunstancias de la perestroika, las intenciones de los protagonistas y las responsabilidades de sus acciones política) a menudo relativizan el hecho de que las tendencias sociales, económicas... que la hicieron factible se venían incubando de tiempo atrás. Las medidas adoptadas por Gorbachov cambian: entre 1987 y 1988 despliega una fase de realismo tanto en

materia de política interior como en política exterior. Tras este primer momento, autores como Zubok plantean la existencia de una deriva mesiánica que contribuye decisivamente al colapso soviético. La cuestión es qué pasa –y qué le pasa a Gorbachov– en 1989: frente a los acontecimientos que acaecen en países de su espacio de influencia lo único claro parece ser el rechazo al uso de la fuerza en cualquier caso.

Se desarrolla en la Europa oriental, es notorio, una crisis profunda que lleva a las élites nacionales y al conjunto de las sociedades a afrontar el reto de reformas radicales. En este marco algunos autores –entre ellos destaca Mark Kramer– apuntan que el papel de Gorbachov en 1989 no fue puramente pasivo. Permitió y en no pocos casos estimuló los cambios en la Europa soviética, en la medida que creía que ayudarían a hacer posible la reforma en el interior de la Unión Soviética.

El nuevo pensamiento de Gorbachov nace a mediados de la década de los ochenta y es el resultado último de las transformaciones intelectuales, ideológicas... graduales que emergen progresivamente en la era post-estalinista. Una nueva generación “shestidesyatniki”... No es una aparición brusca, repentina... sino una emergencia de aquello que había empezado a forjarse –y volvemos a ello– en los sesenta.

“The key challenge facing research on the Cold War now, therefore, is of an intellectual nature: the main problem is not the availability of sources but the analytical frameworks that we use to make sense of them”. El mismo aserto se formula en otras ocasiones con palabras equivalentes: la historia de la Guerra Fría necesita ser escrita de manera distinta a como lo ha sido. Este cambio no vendrá causado –estimulado– por nuevas fuentes empíricas o por el paso del tiempo, por importantes que ambos factores sean. La historiografía de la Guerra Fría se halla en pleno marasmo, obligada, toda ella, a construir un nuevo marco interpretativo de la misma. Un marco de análisis que permita incorporar a todos sus protagonistas, grandes y pequeños, y que, a su vez, inserte la Guerra Fría en el largo recorrido de la historia del siglo XX, y más allá. Al fin y al cabo se trata de un ejercicio que se hace más urgente después de 2001, y que está alcanzado su paroxismo en la segunda década del XXI. En esta propuesta de creación de nuevos marcos interpretativos adquiere un peso creciente la necesidad de reconectar los temas diplomáticos, militares y de seguridad, con los económicos, ideológicos, tecnológicos y culturales. Sólo con esta perspectiva de trabajo se podrá resituar la Guerra Fría, entendida como conflicto complejo y global, como un período específico de la contemporaneidad; específico pero en absoluto aislado y autorreferencial.

La Guerra Fría si no fue propiamente una era de paz, sí que lo fue de conflictividad controlada. Y lo fue en la medida que, como en anteriores experiencias contemporáneas, este tipo de orden mundial aparece asociado a diversas modalidades de organización del mundo, o de partes significativas (sustanciales) del mismo. Una modalidad de nuevos imperios que vienen a sustituir a los antiguos, a los desarrollados a partir de una base territorial que ha tendido durante siglos a la expansión de sus fronteras continentales, a aquellos otros sostenidos sobre la expansión ultramarina. La lógica de los imperios tiende a localizar las guerras en sus fronteras: ahí se encuentra la geografía del desorden y del caos. A cambio, proceden a mantener la paz en su seno.

¿Hasta qué punto la aceleración del tiempo histórico, en la posguerra fría y en nuestros días –fuera ya del SIGLO que aquí analizamos–, convierte en efímeras algunas de las afirmaciones teóricas ensayadas por científicos sociales e historiadores de renombre? Pondré un último ejemplo. Maier, al que en tantas ocasiones hemos aludido, por ejemplo, en un artículo publicado en la *American Historical Review* (Maier, 2000), afirmaba que el control del territorio y del espacio estaban pasando a ser menos y menos relevantes para el despliegue de políticas de dominación, por dominio imperial. El problema es que dicho artículo apareció en junio de 2000. Por lo demás, Maier sigue, hasta nuestros días, insistiendo en la pertinencia de dicha aseveración. En ocasiones, en soledad.

Referencias bibliográficas

- Autio-Sarasmo, S.: “A New Historiography of the Cold War?”, *European History Quarterly*, xli (2011), pp. 657-664.
- Burgio A.: “Il “secolo breve” sembra infinito”, *Il Manifesto*, 2 de mayo de 2014. Disponible en: <http://ilmanifesto.info/il-secolo-breve-sembrano-infinito/> [Consulta: 17/11/2014]
- Engel, J.A. (ed.): *Local Consequences of the Global Cold War*, Washington, DC, Standfor University Pres 2007.
- Fernández, E.: “Viaje a la última comuna maoísta de China: fresas orgánicas ‘para servir al pueblo’”, en http://www.elconfidencial.com/mundo/2014-10-28/viaje-a-la-ultima-comuna-maoista-de-china-fresas-organicas-para-servir-al-pueblo_408816/ [Consulta: 17/11/2014]
- Fisher, M.: *Capitalist Realism: Is There No Alternative?* (Ropley, Hampshire: Zero Books, 2009).
- Gaddis, J.: *We Now Know: Rethinking Cold War History* (Oxford: Clarendon Press, 1997).
- Gramsci, A.: *Quaderni dei carcere*, edición crítica de V. Gerratana (Torino: Einaudi, 1975).
- Hobsbawm, E. J.: *The Age of Extremes: a history of the world, 1914-1991* (New York: Pantheon, 1994).
- Leffler, M.P.: “Bringing it Together: The Parts and the Whole”, en O.A. Westad, ed., *Reviewing the Cold War: Approaches, Interpretations, Theory* (London: F. Cass, 2000), pp. 43–63.
- Maier, Ch. S.: “Consigning the Twentieth Century to History”, en *American Historical Review*, 105, 3 (June 2000), pp. 807-831.
- Maier, Ch. S.: “The Cold War as an era of imperial rivalry”, en Silvio Pons and Federico Romero edit., *Reinterpreting the End of the Cold War. Issues, interpretations, periodizations* (London/New York: F. Cass, 2005), pp. 13-20.
- Mastny, V.: *The Cold War and Soviet Insecurity: The Stalin Years* (New York: Oxford University Press, 1997).
- Mayer, Arno J.: *The Persistence of the Old Regim: Europe to the Great War* (New York: Pantheon, 1981).
- Merrill D. (Gen. Edit.): *Documentary history of the Truman presidency* (Bethesda: University Publications of America, 1996).
- Nehring, H.: “What was the Cold War? en *English Historical Review*, cxxvii. 527 (August 2012), pp. 920-949.
- Stephanson, A.: “Cold War Degree Zero,” en Isaac, J. y Bell, D. (eds.): *Uncertain Empire: American History and the Idea of the Cold War*, New York: Oxford University Press, 2012.
- Strachan, H.: “The Lost Meaning of Strategy”, *Survival*, vii (2005), pp. 33–54.
- Trachtenberg, M.: *A Constructed Peace: The Making of the European Settlement, 1945– 1963*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 1999.
- Veiga, F., U. Da Cal, E. y Duarte, A.: *La paz simulada: una historia de la Guerra Fría, 1941-1991*, Madrid: Alianza, 2006 2ª ed.
- Veiga, F.: un blog. <http://elveiga.blogspot.com.es/2006/10/la-guerra-fra-revisitada.html> [Consulta: 17/11/2014].
- Westad, O. A.: *The Global Cold War : third world interventions and the making of our times*, Cambridge, New York : Cambridge University Press, 2005.